

LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA: UNA PERSPECTIVA DESDE LAS CLASES SOCIALES

*Luis Bonilla
Bonilla**

Resumen: Se analizan las identidades latinoamericanas desde un enfoque de las clases y de la lucha de clases, situándose más allá de la bipolaridad clásica burguesía-proletariado y se incorporan una visión heterogénea de las clases sociales. En este debate se articulan dos lógicas elementales: la de la explotación y la de la opresión /dominación que, al vincular los fundamentos de clase con los étnicos, dan un perfil y una resiliencia de lucha particular al continente, que quizás no ocurre en otra región del mundo. La tesis sustentada es que la lucha de clases continúa, mediante movimientos sociales que luchan por diversas reivindicaciones y que asumen el papel de “nuevo sujeto histórico con pretensiones de toma del poder, como en el caso de Bolivia

Palabras clave: América Latina, neocolonización, lucha de clases, movimientos sociales, sujetos históricos.

Abstract: The article analyzes the Latin America identities from the class and class struggle approach placing them beyond the classic bipolarity “bourgeoisie-proletariat” and incorporates a heterogeneous vision of the social classes. This debate articulates two elementary logics; the logic of exploitation and the logic of oppression-domination that by linking the fundamentals of class with the ethnic give a particular profile and a particular strength fight to the continent that might not be present in other regions of the world. The idea that the article defends and proposes is that the class struggle continues through social movements that fight for several grievances and these movements assume the role of the “new historical subject” who tends to take power as it is the case in Bolivia.

Key Word: Latin America, neocolonization, class struggle, social movements, historical subjects.

* Licenciado en Sociología. Docente de la Universidad Nacional Estatal a Distancia (UNED) y de la Universidad Nacional. Correo electrónico: luvibon@hotmail.com

I. Desarrollo

Al abocarnos al esfuerzo de trabajar el tema de la identidad o las identidades latinoamericanas desde la perspectiva de las clases sociales, una pregunta inicial, obligada, y por demás inquietante es ¿Qué se hicieron las clases sociales?, ¿desaparecieron empíricamente del escenario social continental? o ¿simplemente desaparecieron del imaginario o el referente intelectual de gran parte de los académicos y científicos sociales, ya no solo del continente sino del mundo, quienes por diferentes formas interpretativas pero quizás predominantemente ideológicas, arribaron a la conclusión sobre la “muerte” de las clases como método interpretativo de nuestra realidad social, e incluso como realidad sociológica, lo que de paso ha implicado también en la práctica, la muerte de la lucha de clases.

Esto es sintomático, pues al igual que el análisis de las clases, lo mismo ocurrió con el abandono de categorías como la dependencia y el imperialismo, dos referentes conceptuales y teóricos del debate identitario de América Latina, que como apunta Borón (2002), citado por Beigel (s.a.), fueron términos excluidos del lenguaje académico en momentos en que la sujeción del continente a las fuerzas económicas transnacionales alcanzó niveles sin precedentes (ídem: 306).

Por su parte Vargas Solís (2007) considera que el dar por enterradas

las clases y la lucha de clases es en realidad parte de las tesis políticas conservadoras, cuando hacen: una reformulación ideológica –conveniente e interesada– de una realidad de arrinconamiento de las clases trabajadoras. Se interpreta como muerte de las clases y la lucha de clases lo que, en realidad, es la imposición momentánea de los intereses de una clase en particular: el capital transnacionalizado de signo predominantemente especulativo (ídem: 24)

Desde que el neoliberalismo como estrategia de la nueva globalización, avasalló nuestro continente con su paquete de medidas macroeconómicas y políticas, también arrasó con los referentes teóricos y uso de categorías sociológicas propias del análisis de la estructura social y política de nuestros países; los cuales por más que estén hoy orientados hacia la estrategia globalizadora y que cuenten con espacios que están insertados en los circuitos del capital financiero especulativo del poder mundial siguen teniendo un peso de lo nacional; donde además coexisten una suerte de sociedades “duales” con ribetes tradicionales y modernizantes, que dan como resultado un abigarramiento de sectores o clases sociales desde un punto de vista sociológico.

Así, una parte de la sociedad es aquella que está conectada a los grandes centros de poder, y donde se puede identificar una estructura formal de clases como las burguesías industriales o financieras (la

élite), luego las clases medias, la clase trabajadora y los campesinos pobres, con sus propias instituciones y jerarquías. Por otro lado, una estructura de clases paralela, donde en la cúspide aparecen el mundo de los micro empresarios, luego los trabajadores informales, y en la base, el abigarrado mundo social de los autoempleados, también con sus instituciones y jerarquías paralelas muy propias de la realidad actual latinoamericana (Kruijt, 2000: 20,21). En fin una estructura de clases atípica en términos de sociedad capitalista, en función del peso estructural de lo tradicional, pero una estructura de clases al fin, en la que las clases sociales se nuclean en bloques de poder que luchan por la hegemonía a nivel del Estado. Esto implica una realidad pluriclasista que encuentra el lugar de su síntesis en el Estado. (Acosta, 2003: 74).

Incluso, se podría agregar con sentido didáctico, una tercera dimensión de la estructura social que la constituiría más bien en “tridimensional” y que en Latinoamérica la constituyen el mundo de los excluidos, o población redundante, los sobrantes como es el caso de los desocupados que han surgido como una especie de “no-clase social”, que ha sido expulsada a los bordes de la sociedad, (Vargas Solís: 2007: 20), que entre otros factores es producto de los procesos de desregulación y flexibilización de las economías al servicio de la apertura y la globalización, y que tuvo su impacto en la fuerza laboral, las

reformas de los Estados y las privatizaciones sugeridas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial; todo lo cual sumado a los excluidos estructurales del sistema, más otros sectores sociales vinculados a la pequeña producción vinieron a configurar los “nuevos pobres” (Medrano, Barillas y Bonilla, 2002: 48-51).

El ejemplo de los desocupados en Argentina y su lucha por salir de tan angustiante situación, y el empobrecimiento generalizado de las clases populares es emblemático para nuestro continente, como producto del saqueo literal que la clase política y económica hizo con las políticas de privatización de instituciones del Estado que las cedieron a las transnacionales.

De manera que esa “no-clase social”, desvinculada directamente de los procesos productivos ha venido creciendo, pero lo significativo es que se han convertido desde finales de la década de los 90 y principios de la década del 2000, en nuevos sujetos sociales (“sujeto político” diría Gallardo) que en el caso argentino han movilizad la conciencia y la organización social hasta hacer renunciar presidentes y cambiar el rumbo del país expulsando incluso a los mismos organismos financieros internacionales.

Lo que se trata de argumentar entonces es que la realidad de la estructura social clasista del continente no se ha desdibujado ni mucho menos por el triunfo ideológico del neoliberalismo, todo lo contrario,

lo que se ha venido implementando en el continente son nuevos procesos de reestructuración de las clases sociales, donde se van decantando procesos identitarios contradictorios, de repente también difusos y fragmentarios por la influencia ideológica que ejercen las clases dominantes, quienes tienen a su disposición los aparatos reproductores de ideología, sobre todo el poder mediático; pero donde también se aprecian las resistencias y la constitución de identidades alternativas expresadas en el contexto de las nuevas luchas sociales de un heterogéneo movimiento social que une la lucha contra la explotación y la lucha contra la dominación. De esta dialéctica se están configurando las nuevas identidades regionales desde una perspectiva de la lucha de clases. Estos procesos de reestructuración de las clases en un plano global y en palabras de Pablo González Casanova¹, significa que: la lucha de clases sigue; el colonialismo sigue, pero todavía subsisten metamorfosis del neocapitalismo y el neocolonialismo; de una lucha de clases mediatizada por la gran división del capitalismo global en zonas centrales y periféricas, metropolitanas y coloniales, con espacios de ricos y poderosos y espacios de pobres y excluidos y mega-explotados (idem: 2)

La mediación que habla Casanova, o sea, la mediación del capitalismo por el colonialismo subsis-

te y da lugar a una lucha de clases que se combina con la lucha de las potencias y las megaempresas con sus asociados y subordinados contra los pueblos recolonizados o en proceso de ocupación pacífica o terrorista y militar.

En esta línea argumentativa, capitalismo y neocolonialismo son para Casanova, dos formas de explotación combinada de trabajadores y pueblos de México, de Latinoamérica y del mundo. Así, para este autor, los proletarios de ayer son los pobres y extremadamente pobres de hoy, y a ellos se suman quienes siendo empobrecidos por el neoliberalismo, o quienes se fortalecen moralmente y por convicción se suman a los contingentes de pueblos insumisos. En el mundo actual, pobres, empobrecidos y convencidos están integrando a los nuevos actores de la historia y convocan a un nuevo proyecto de liberación (ibid.)

Este planteamiento de Casanova se ubica entonces en lo que para efectos de este ensayo se considera la resignificación del análisis de las clases en el contexto de la globalización neoliberal, que incluso trasciende el análisis del continente, pues el citado autor redimensiona el análisis en el marco del capitalismo global, donde resulta clave la noción de una lucha de clases que ha sido mediatizada en una especie de división de espacios sociales y territoriales que son

¹ Ver Pablo González Casanova en: www.inep.org/content/view/386/55/

reapropiados por la lógica de la explotación capitalista, combinada con la lucha de las potencias y megaempresas, quienes no están escatimando esfuerzos para utilizar – desde sus espacios nacionales – valga decir desde sus Estados nación, el uso de procesos de ocupación neocolonial, que incluyen métodos tanto “pacíficos” como militares y terroristas.

Lo anterior da cuenta de la nueva dimensión que ha adquirido esta lucha de clases en un plano global, y que para el caso latinoamericano es una lógica que debe ser tomada en cuenta en el marco de la nueva geopolítica, pues cuando los intereses de esas clases de poder mundial ven amenazados sus intereses pueden recurrir a cualquiera de sus métodos de dominación y explotación, la evidencia empírica actual no da lugar a la duda con la ocupación de Iraq, Afganistán, y las amenazas permanentes de abrir otro frente de conflicto en Irán.

2.1 Algunas matrices identitarias

Volviendo al continente latinoamericano, si se intenta ubicar algunas matrices identitarias desde la perspectiva de las clases, se puede identificar en el campo de las expresiones estéticas al arte pictórico indigenista que se inició y culminó con los muralistas mexicanos, que junto con el “afroamericanismo” dan una respuesta a la dominación burguesa blanco-criolla y europea; así el muralismo se desarrolla en

un proceso popular que fue la revolución mexicana y donde brindó soportes teóricos, proponiendo una revisión histórica para destacar en la formación del carácter nacional el papel del indio, como forma de superar la dominación colonial; en esta perspectiva el indio es el campesino y el proletario, el pueblo, imprimiendo en el arte su carácter colectivo, militante, pedagógico e inspirado en valores indígenas y orientado a las clases oprimidas e incorporándose de este modo en la lucha de clases. Aquí el artista asume la condición de obrero, -viste overol y sube a los andamios- y su protagonista indio, se vuelve proletario- campesino (Saguier y Rojas, 1986: 462).

Lo que sostienen Saguier y Rojas (1986), es que al nacer el mundo moderno, y con el sistema capitalista, la sociedad que se divide en clases, separa de acuerdo con esta estructura social, el arte de la artesanía. El arte como la pintura, la escultura, la arquitectura, son llamadas “artes mayores”, para contraponerlas a las “artes menores” o sea las artesanías (idem: 447). Aquí la dialéctica está entre arte “culto” y arte “popular” como matriz identitaria del conflicto permanente que ha caracterizado al continente latinoamericano más allá del arte, para insertarse en la médula de lo social, lo económico y lo político.

Por su parte, García Canclini (1981) al referirse a las culturas populares en el capitalismo, hace una importante contribución en

cuanto al papel que estas cumplen dentro del proceso de valorización capitalista. Se puede decir con García Canclini (1981), que las artesanías como “artes menores” (arte popular) que expresan la estructuración de la sociedad en clases, tiene una funcionalidad, en la reproducción social y la división del trabajo necesarias para la expansión del capitalismo. Para explicar su persistencia hay que analizar, dentro del ciclo actual de reproducción del capital económico y cultural en los países dependientes, qué funciones cumple la artesanía, no contra la lógica capitalista, sino como parte de ella (García Canclini, 1981: 67,68).

En un continente como el nuestro donde coexisten formas o modos de producción precapitalistas, capitalistas y con una diversidad de grupos sociales con orígenes étnicos también diversos, resulta pertinente retomar este planteamiento de García Canclini, en el sentido que si las artesanías -como una expresión concreta de unos métodos de producción tradicionales- están incorporadas dentro de la lógica de la acumulación capitalista; implica también que todas las otras formas de producción como la campesina, lo mismo que las formas de producción simbólica de las culturas indígenas expresados en imaginarios culturales (capital simbólico para Bordieau), las reivindicaciones de género expresadas en proyectos productivos, en el ejercicio de la política y el empode-

ramiento, lo mismo que su influencia en los cambios culturales, las nuevas formas ideológicas de invención y creación de la “cultura popular” desde las élites, están todas, siendo incorporados en una nueva estrategia de valorización de capital donde todo se reduce a mercancía, donde el sentido no es eliminar lo diferente, sino reapropiárselo para que sea funcional a las identidades del sistema capitalista. Es la lógica del mercado total de que nos habla Hinkelammert (2003).

2.2. Ampliando la visión de lucha de clases y el uso de nuevas categorías.

En este punto, es donde mejor se aprecia cómo un análisis contemporáneo de las clases sociales para América Latina, obliga a ampliar la visión clásica de las llamadas clases polares del capitalismo representativo de las sociedades industrializadas, para insertarlo en un conjunto de relaciones sociales que incluyen desde luego el proceso productivo propio del capitalismo, pero que se amplía a otras formas de dominación y explotación propias del contexto latinoamericano.

Se intenta en lo que sigue, dar cuenta de algunos procesos sociales y políticos donde se pueden identificar un tinglado de formas o mecanismos de explotación y de dominación que están imbricados en un complejo proceso social donde tienen lugar tales formas de

dominación y las contradicciones de clases, expresadas en diversas luchas y por diversos sujetos sociales (viejos y nuevos), que bajo la modalidad de movimientos sociales (también viejos y nuevos), van configurando un nuevo campo de lucha social que a lo largo de la última década del siglo XX y la que llevamos del siglo XXI, están expresando las nuevas formas de lucha, y que se entienden como una prolongación de la lucha de clases que no ha cesado en el continente, pero donde han cambiado los métodos de lucha, y aparecen nuevos actores y actrices sociales; en fin, esto puede ser interpretado como el esfuerzo por la nueva “construcción social de la rebeldía y, por tanto, de las subjetividades inconformistas y capaces de indignación...” (De Sousa Santos: 2000: 35).

Quizás el caso más representativo de este “nuevo sujeto histórico” latinoamericano en construcción (Gallardo citado por Acosta, 1992: 29), es lo que ha ocurrido con los movimientos de identidad indigenista de Bolivia y Ecuador. En el primero, un movimiento social surgido de las bases, condujo a que Bolivia llegara a elegir su primer presidente indígena en más de 500 años de dominación y explotación criolla y blanca; no todo está ganado, pues la oligarquía de ese país está en franca lucha de clases, y a la vez libra una feroz lucha étnica, por impedir que un movimiento social indígena de nuevo tipo, les dispute la hegemonía del poder políti-

co, que podría conducir o que ya conduce en parte, los destinos de una sociedad que hasta ahora conquista el verdadero carácter de nación desde la independencia de España, pues realmente en Bolivia nunca ha habido para todas las etnias, naciones, y demás grupos y clases sociales que han estado excluidas de toda estado nación.

Quizá sea hasta ahora, que este movimiento comienza a construirse y bajo una nueva orientación democrática e inclusiva participación política y con los beneficios de una riqueza que ha permanecido concentrada en un grupo de oligarcas criollos y blancos, en el país más pobre e irónicamente de los más ricos en recursos naturales de América del sur.

En este proceso político y social, se empieza a caracterizar lo que se considera la imbricación de dos procesos como son la lógica de la dominación por un lado, y la lógica de la explotación por otra. Es decir, la oligarquía boliviana que ha gobernado desde la independencia de España, utilizó estas dos lógicas, primero al someter a la sociedad boliviana mayoritariamente indígena a la lógica de la dominación y la discriminación étnica, considerándola raza inferior y no apta para gobernar, y a la que ha mantenido sometida a la pobreza y la exclusión.

Por otro lado, también la dominación por etnia, que les ha permitido a dicha oligarquía, sobreexplotar a los indígenas a través de las diversas formas de extracción de

valor ya sea de forma directa en el proceso productivo o indirecta mediante otras formas de intercambio de valores que son transferidos desde los procesos de elaboración de bienes o servicios de estos pueblos.

Explotación y dominación étnica y cultural se confabulan así para configurar una estructura social compleja, desigual, clasista y en permanente conflicto social y político, pero además sui géneris, pues en ningún otro continente del mundo existe algo semejante. En Bolivia, este conflicto social y político se deja ver en toda su crudeza, al punto que la oligarquía, apoyada por intereses de la administración Bush, están alentado planes de secesión, para dividir a Bolivia en dos, una la del altiplano pobre, donde no existen riquezas naturales estratégicas, y la otra donde se ubican las fuentes de gas y otros recursos minerales que constituyen la base de la riqueza boliviana.

Esta es una lucha de clases, donde la oligarquía criolla y blanca, quiere recuperar su papel de élite política para ejercer la hegemonía, o bien segregar al país, lo cual la convierte en una lucha territorial, para liberar zonas de riqueza mineral, con la finalidad de no perder sus privilegios y su papel de clase dominante. Lo mismo ocurre con la oposición de la oligarquía terrateniente, a los planes de reforma agraria del presidente Evo Morales. En resumen es una lucha de clases, que combina la lucha política, la lucha jurídica y la movilización

social de las principales fuerzas sociales enfrentadas literal y permanentemente en las calles de las principales ciudades de Bolivia.

En el caso de Ecuador, si bien el movimiento indígena no ha logrado llevar un presidente al poder, si ha sido actor clave para la caída de dos gobiernos en el año 1996 y el 2000 respectivamente. Incluso la victoria del actual presidente Correa y su nuevo impulso democrático transformador del rumbo político y económico del país, no sería posible sin el apoyo y el trabajo de la Coordinadora Nacional Indígena de Ecuador (CONAIE) (Algranati, Seoane y Taddei, 2005: 126).

En México el Movimiento Zapatista es otro referente obligado de esta nueva irrupción de movimientos sociales desde las identidades indígenas, donde se combina la lucha cultural, social y política al profundizar la crítica al modelo neoliberal mexicano (CLACSO y CETRI: 2002). Aunque la experiencia zapatista no apunta –como en el caso boliviano– a la toma del poder, constituye otro proyecto e ideario utópico de carácter indigenista, que visto globalmente es un importante referente en la construcción de “otros mundos”, en tanto que hace la lucha al sistema de dominación capitalista, al oponerse a su lógica de la explotación, al abogar y practicar formas de producción, de convivencia colectiva y de ejercicio del poder afines con su legado cultural milenario. Esta es pues, otra forma de lucha y de resistencia al sistema

capitalista, que sigue convocando tanto al movimiento indígena americano, como al resto de grupos y sectores sociales “insumisos” del continente y del mundo.

Yendo un poco atrás en la historia del continente, Vilas (1995), se considera que desde los años ochentas, incluso antes, se da la activación de sujetos donde la articulación con las relaciones de producción es ambigua o que han sido marginados de ella; por eso actúan en el plano de la reproducción social. Así, aparecen sujetos constituidos desde las relaciones de género, étnicas, generacionales, referentes territoriales, demandas culturales, entre otros.

El mismo autor cita a Frank y Fuentes (1989), quienes compararon el desarrollo de los movimientos sociales en occidente, sobre todo de Europa, y el Tercer Mundo, consideran que en el primer caso la composición predominante es de clases medias; mientras en el tercer mundo tienen un perfil de clase popular; y agregan que, la lucha de clases continúa y se intensifica, pero toma la forma expresa por medio de muchos movimientos sociales y organizaciones, además de

la forma “clásica” de fuerza de trabajo versus el capital y “su” Estado. Al mismo tiempo apuntan que con frecuencia estos movimientos tienen liderazgo de clase media y en esto son bastante similares a los movimientos de trabajadores y campesinos que les precedieron.

Concluye Vilas (1993) que la activación de estos actores proviene del mundo de los pobres y los desposeídos, y que incluso en temas “amplios” como derechos humanos, etnicidad, género, ecología, se registra una predominancia de actores del mundo de la pobreza y la opresión. Esta es la realidad latinoamericana donde la mayoría de casos estudiados refiere al ámbito de las clases populares² empobrecidas y políticamente dominadas, donde también se incluyen formas violentas de accionar colectivo como el caso de los movimientos campesinos de los sin tierra en el Brasil (MST), y movimientos de obreros, guerrillas, protestas contra la política económica y la deuda externa, las comunidades eclesiales de base de orientación religiosa liberadora, movimientos barriales, movilización contra violaciones de derechos humanos, movimientos

² Para Vilas (1995), lo popular marca un protagonismo en las luchas de décadas pasadas, y agregaríamos nosotros también en las presentes luchas del continente. Vilas entiende lo popular como la articulación entre explotación económica, opresión política y pobreza. Lo popular así, expresa en América Latina una conjunción de ingredientes socioeconómicos, políticos y culturales; donde lo socioeconómico incluye factores como desempleo o empleo inestable, ingresos insuficientes y similares. Lo popular engloba a la pobreza pero no se reduce a ella, al incluir una dimensión política ideológica, que se integra con grupos de clases medias bajas y pequeña burguesía. Algunas veces lo popular se construye alrededor del referente sociolaboral, otras veces sobre referentes étnicos, de género; pero lo permanente en el sujeto popular es la opresión y la explotación en el marco de la pobreza (Vilas: 1995: 78-80).

de desaparecidos por causas políticas, movimientos de mujeres, medio ambiente y movimientos étnicos (Vilas, citando a Eckstein, 1989; Schuurman y Van Naersen, 1989; Escobar y Álvarez, 1992; Slater, 1994); que en el fondo tratan temas que no tienen un referente económico preciso, pero que están inscritos en un escenario de opresión institucional que los relaciona directamente con la opresión producida por la pobreza y los acerca a los movimientos sociales que surgen del ámbito de la exclusión y la misma explotación. En otras palabras que la acción colectiva está mediada también por el modo de vida de la gente, por su identidad sociocultural; de modo que el conflicto no se expresa de forma pura en una relación clase-clase, sino que incluye las subjetividades de la vida cotidiana de las colectividades, de la gente del pueblo.

En nuestro análisis, no hay pues en América Latina una barrera rígida que separe demandas de opresión, exclusión, diversidad, cultura y las demandas surgidas de procesos de explotación, puesto que la línea es muy tenue en un continente donde existen histórica y estructuralmente una combinación entre cadenas de opresión política que se amalgaman o sirven de resorte para profundizar diversas formas de explotación; dando como producto un abigarrado y heterogéneo componente de clases populares, donde siempre habrá un denominador común que acerca a los diversos gru-

pos y sujetos sociales, puede ser que ese denominador sea muchas veces la misma condición de pobreza que viven, o la discriminación y la exclusión.

Por ejemplo, al desagregar por género se encuentra la presencia de las lógicas a que ya se hizo mención más arriba; es decir, la presencia de la explotación si la persona es mujer y está inmersa en el proceso de la producción capitalista, donde para sobrevivir tiene que vender su fuerza de trabajo, por ser mujer gana menos que un hombre; vive la opresión si su condición es de una mujer subordinada en la relación de género con su pareja y dentro de todo el contexto social institucional; pero además puede ser doblemente discriminada socialmente si es mujer indígena y si sólo habla su lengua materna el “bribri” el “quechua” o el “aymará”. En resumen, los “viejos” y “nuevos” movimientos sociales con su accionar y sus luchas, van confrontando muchas veces reactivamente y otras propositivamente, a las identidades enajenantes que se producen desde las clases dominantes; y aquí es donde su rol de acercarse a la constitución del “nuevo sujeto histórico” cobra un particular sentido.

Gallardo citado por Acosta (1992), hipotetiza sobre el “Nuevo Sujeto Histórico” en América Latina, el cual caracteriza como aquel que se opone al sistema de dominación imperial, frente a las “utopías anti-utópicas del fin de la historia”,

y toma sentido en la reconfiguración del movimiento popular y articula constructivamente los “actores sociales” al producir “tejido social” sobre la base de un proceso de historización (“pueblo social”³), que luego con su nivel de organización de las luchas con un sentido político, y con la lucha por el poder, se convierte en el “pueblo político”⁴; se trata pues de una categoría de análisis y de una propuesta utópica y por lo mismo apuntando a la configuración de un proceso alternativo (ídem: 29).

Entonces para Acosta (2003: 76) quien cita a Gallardo (1995), considera que “sujeto” implica una praxis histórico-social, no es una entidad abstracta o metafísica; tampoco se reduce a “obrerismo” y a la “izquierda” en el sentido de las izquierdas políticas tradicionales latinoamericanas, sino más bien a una determinación objetiva como “complemento” de las relaciones capitalistas de producción, y agrega: En vez del lugar social anterior de las relaciones de producción, se trata del **no lugar**, que en el marco de las relaciones de producción capitalistas vigentes, quedan localizadas las víctimas de la exclusión (Gallardo, 1995, citado por Acosta, 2003. El subrayado es nuestro).

Se constata que este no lugar, que constituyen el mundo de los excluidos, vendría a ser la “no-clase social” que nos propone Vargas Solís (2007), al referirse a esa categoría social surgida en el continente producto de los procesos neoliberales que fueron alegremente implementados por las llamadas “lumpemburguesías” de que nos hablara hace muchos años Gunder Frank, término cada vez más vigente en nuestro continente en el marco de la “piñata” neoliberal a que fue sometido el Estado, sus instituciones y empresas más rentables para redistribuir bienestar a las sociedades.

Actualmente, se puede constatar que en América Latina ocurren estos procesos a los que alude Gallardo, tanto el esfuerzo de articulación del “pueblo social”, ha dado resultados en algunos casos como el boliviano y el mismo zapatismo, al constituir su propio modelo de organización y administración de la vida comunitaria, lo que podría analizarse como una variante de lo que sería la constitución del “pueblo político” en la región de Chiapas, México.

Estas categorías analíticas asimiladas en distintos procesos por los diversos movimientos sociales

³ Pueblo social alude a los sectores sociales que padecen diversas asimetrías, considerados particularmente o en su conjunto. Ver: Acosta, Yamandú en: Las nuevas referencias del pensamiento crítico en América Latina: ética y ampliación de la sociedad civil, Montevideo, departamento de publicaciones, 2003, Pág. 74-79.

⁴ Pueblo político es cuando los determinados sectores sociales “se movilizan para cancelar sus asimetrías específicas y logran ponerse en relación con un eje de liberación popular que constituye el movimiento popular (ídem).

populares del continente, constituyen en este análisis, otro esfuerzo de articulación entre los movimientos clasistas y los generados por la opresión y discriminación por género, etnia, generacionales, preferencias sexuales, etc., en tanto que, todos requieren de una alianza política para superar las reivindicaciones inmediatas en el plano cultural, social, económico y político. Por eso quizás, la lucha de clases expresada en estos movimientos sociales, están privilegiando la esfera política más que cualquier otra dimensión (sin negar la confluencia de las otras esferas, sobre todo la cultural), pues desde allí pueden articularse las otras demandas específicas de los diversos sectores de clase populares, lo cual indicaría y esta es nuestra principal hipótesis de trabajo- que lo político como una expresión avanzada de la lucha social, está constituyendo el elemento clave y aglutinador de las nuevas identidades clasistas latinoamericanas.

2.3 Intentando cruzar las fronteras teórico-metodológicas

Tratando de localizar algunos aportes teóricos desde otras escuelas de pensamiento al debate de las clases, Vilas (1995), rescata el enfoque funcionalista de las clases sociales, donde demuestra los esfuerzos por superar algunas limitaciones del enfoque marxista estructural, articulando elementos del marxismo analítico en algunas con-

ceptualizaciones del funcionalismo. Para ello cita a Van Parijs (1993), quien acercándose a Dahrendorf (1959), que consideraba a las clases como posiciones en las relaciones de autoridad, se plantea el tema del poder y la dominación en la definición de las clases, y propone un ejercicio de articulación entre el concepto funcionalista de clase entendido como grupo de status, con el concepto marxista de explotación en la noción analítica, que lo lleva a formular el término de explotación de status, con lo que trata de dar cuenta de procesos en que los rasgos de status raza o género, son los que hacen posible la explotación económica; es decir que aquí se hace alusión a la configuración de relaciones de explotación partiendo de relaciones o formas de opresión que no son estrictamente de orden estructural; ya que hay hombres y mujeres, blancos, negros, indígenas igualmente calificados, pero que obtienen recompensas desiguales a causa de su sexo o raza (Vilas, citando Parijs: 1995).

Este planteamiento de Van Parijs podría ser útil en el caso latinoamericano, que es precisamente un continente donde no existe una economía bajo la forma capital-trabajo perfecta, pues convivimos en medio de unas relaciones propias de capitalismo periférico bastante atrasado. De hecho en líneas anteriores se ha intentado un ejercicio similar al que propone Van Parijs, al tratar de comprender formas de explotación y opresión entretejidas

en el marco de unas relaciones sociales propias de las clases populares del continente.

El mismo Vilas (1995) considera, no obstante, que en el planteamiento de Van Parijs el concepto de clase pierde precisión (en tanto se corre el riesgo de terminarse reconociendo tantas clases sociales como conjuntos sociales se puedan identificar o definir). Por otro lado, se aproxima a conclusiones de otros estudios sobre la estructura social y los procesos políticos en sociedades donde la explotación de clase aparece articulada con la opresión étnica o de género, para ello cita a Silva, 1985; Vilas, 1990 y 1992; Patrinos y Psacharopoulos, 1993; Lovell, 1994). Tales estudios confirman que cuando grupos de status subordinados presentan una reducida diferenciación social interna en comparación con la del grupo étnico dominante, esos grupos, sin ser clases en sí mismos, tienden a involucrarse en relaciones típicas de clase (idem, 73).

Quizás aquí conviene citar a Poulantzas (1983: 112,113), cuando recupera del análisis marxista las denominadas “categorías sociales”, entendidas como conjuntos de agentes cuyo papel social principal consiste en el funcionamiento de los aparatos de Estado y la ideología...tal es el caso de la burocracia administrativa...los intelectuales. Sin embargo, llama la atención señalando que las categorías sociales tienen una adscripción de clase: estas categorías no están “al

margen” o “fuera” de las clases, como tampoco son como tales, clases sociales.

Es más, para este autor, las categorías sociales no tienen una adscripción única de clase, por lo que sus miembros pertenecen a clases sociales diversas; y este es el caso que se encuentra en América Latina al analizar los nuevos movimientos sociales con identidad de género, generacionales, étnicos, campesinos, negritudes, gay-lesbico, religiosos, entre otros; los cuales están conformados por una mezcla o diversidad de identidades clasistas en el interior de sus movimientos u organizaciones y donde la noción de categorías sociales se traduce aquí en el puente analítico para situar y relacionar las luchas sociales de tipo culturales e identitarias y de todo el mundo de la opresión, con las luchas políticas y económicas que padecen los diversos sectores y clases populares.

Estas características y procesos de imbricación entre diversas clases y diversos procesos de emancipación (cultural, socioeconómica y política) propio de los nuevos movimientos sociales, constituyen otro rasgo identitario de las clases y la luchas de clases de finales del siglo XX e inicios del XXI en la región latinoamericana, que bien podría concebirse también, como una nueva matriz identitaria para comprender los nuevos procesos de identidad de clases. Al mismo tiempo, tales procesos, son los que en este análisis se denominan como

identidades alternativas y emancipatorias surgidas en lucha frontal contra las identidades opresoras, enajenantes y explotadoras, dentro de una lógica regulatoria para mantener el status quo de las clases de poder (el subrayado es nuestro).

Todo esto significa las relaciones de producción capitalistas están lejos de ser puramente económicas; sino más bien que están atravesadas por la costumbre, las convenciones, las luchas pasadas, los éxitos y derrotas de clase, la coyuntura y el poder coercitivo del Estado (ibid.: 75). Esto se refleja en los procesos que se están desarrollando hoy día en el continente; es decir, se trata de luchas sociales donde esas posibilidades de relación conflictiva existen y dan la tonalidad de una lucha de clases que recrea escenarios políticos, donde el tema del Estado y el poder siguen teniendo vigencia. Ello porque las clases de poder asumen el Estado como un actor esencial para la reproducción del capitalismo; o como bien dijera Poulantzas (1987: 152, 178), el Estado es el lugar de organización estratégico de la clase dominante en su relación con las clases dominadas.

Es decir, el Estado es un lugar y un centro del ejercicio del poder, el Estado constituye por tanto, la unidad política de las clases dominantes. El caso boliviano es patético de la importancia del poder articulado desde las bases, y las luchas sociales que han tenido que librar para ir creciendo cuantitativa y cualitati-

vamente para pasar de un movimiento social a un movimiento político con aspiraciones de poder, hasta llegar a manejar la organización del Estado como un lugar, o un campo de relaciones de fuerza donde se condensan las contradicciones sociales de las clases por la hegemonía del poder. Así, en Bolivia se ha roto la dominación tradicional del poder oligárquico y ha comenzado un proceso de construcción de una hegemonía sobre la base de un consenso político liderado por los pueblos originarios que le dan el carácter de un Estado-nación pluri-étnico.

Para ir cerrando esta propuesta analítica de la identidad desde las clases, de acuerdo con Vilas (1995: 82) la construcción y reconstrucción de las identidades latinoamericanas enfatiza una permanente oposición a la opresión y la explotación de las que el Estado aparece como expresión directa o indirecta que contribuye a reproducir una dominación que es de clase, al igual que étnica y de género; mientras que, el poder político, económico, cultural, étnico, de género de las clases dominantes, consiste en producir identidades vaciadas de conflictividad y de direccionalidad emancipatoria para las clases populares, donde se aplica toda clase de reduccionismos para hacer parecer la conflictividad de clases como un simple juego de desigualdades funcionales para el sistema, donde unos se han esforzado más que otros y así las recompensas no pueden ser iguales.

Sin embargo, como se ha podido constatar en este breve ensayo, y con apenas algunos episodios de las luchas sociales que se han librado recientemente y que se siguen desarrollando en el continente, la activación de estas luchas demuestra que existe un referente y un acervo identitario desde las clases y la lucha de clases, que lejos de desaparecer es retomada y recreada en nuevas formas de conflictividad o radicalidad social propias del continente y nuevas subjetividades rebeldes que enlazan e impulsan la prolongación de la lucha de clases en un continente donde la sola presencia de la desigualdad social estructural, demuestra que los niveles de contradicción, de conflicto y de antagonismo social explícito e implícito entre las clases, sigue más vigente que nunca.

III. A modo de cierre

Se ha intentado argumentar del porqué en Latinoamérica es pertinente seguir hablando de clases sociales y de la lucha de clases, partiendo de que tal lucha de clases ha continuado sin tregua, pero lo que ha cambiado son los métodos de lucha y los actores o los nuevos sujetos que le dan continuidad y dinamismo en un continente donde las desigualdades se siguen profundizando. Pero lo más novedoso que se ha tratado de evidenciar, es que esa lucha se expresa en una articulación estratégica entre dos lógicas fundamentales como

son la lógica de la explotación y la lógica de la opresión o la dominación, muy representativas de la realidad latinoamericana; luego, de la imbricación de estas lógicas, surgen procesos de explotación que son los que actualmente expresan las nuevas conflictividades y subjetividades rebeldes expresadas sobre todo en los movimientos sociales que han surgido en todo el continente.

Para contextualizar estos procesos de lucha, ha sido fundamental retomar el análisis de Pablo González Casanova, quien observa una metamorfosis en el seno del “neocapitalismo” y el “neocolonialismo” donde ocurre una lucha mediatizada por la división que ha creado el capitalismo entre zonas centrales y periféricas, que da lugar a una lucha de clases que se combina con la lucha de potencias y megaempresas contra pueblos recolonizados o en proceso de ocupación formal e informal, pacífica, terrorista o militar. Este es pues, el gran contexto de la lucha de clases a que asistimos actualmente.

Otro elemento destacable, es el esfuerzo por ampliar la visión dicotómica clásica de las clases, al incluir en el análisis algunas categorías sociales como las identidades étnicas, de género, religiosos, generacionales, entre otras; en las cuales confluye una diversidad de clases sociales que posibilita hablar de formas o tipos de explotación mezcladas con formas de opresión, con lo que se amplía el universo de

la lucha de clases; y además incorpora nuevas categorías analíticas propuestas por Helio Gallardo como “pueblo social”, “pueblo político”, “Nuevo Sujeto Histórico”, entre otros conceptos vivos, que comportan un perfil de clase popular en América Latina.

Desde nuestra perspectiva, esta es la matriz identitaria para comprender las nuevas identidades de clase, entendidas como “identidades alternativas” emancipatorias; pero enfrentadas en lucha permanente a unas identidades opresoras, enajenantes, explotadoras y regulatorias, propias de prácticas discursivas de las clases dominantes. En el fondo, se trata pues de unas identidades en lucha por la hegemonía tanto del discurso, como de la práctica histórico-social, pero fundamentalmente como lucha política; donde las identidades de clase se recrean y dinamizan creativamente en cada lucha social que libran nuestros pueblos latinoamericanos.

Bibliografía consultada.

- Acosta, Yamandú (2003). *Las nuevas referencias del pensamiento crítico en América Latina: ética y ampliación de la sociedad civil*. Departamento de publicaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, Uruguay.
- Amin, Samir y Houtart, Francois (2003). *Mundialización de las resistencias: estado de las luchas 2002*. Ediciones desde abajo, Bogotá, Colombia.
- Amin, Samir y Houtart, Francois (2005). *Globalización de las resistencias: el estado de las luchas 2005*. Ruth casa editorial, Panamá
- Beigel, Fernanda (s.f.). *Vida, muerte y resurrección de las “teorías de la dependencia”*. Coordinadora académica de la carrera de Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo. Tomado de Antología del curso: Problemática de la identidad latinoamericana, doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de filosofía y letras, Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica, 2007.
- De Sousa Santos, Boaventura (2000). *Crítica de la Razón Indolente: contra el desperdicio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: la ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*. Editorial DESCLÉ DE BROUWER, S.A., Volumen 1, Bilbao, España.
- Fernández, Florestan; Poulantzas, Nicos y otros (1983). *Las clases sociales en América latina*. Siglo XXI editores, S.A. de C.V. 8va. Edición, Universidad Autónoma de México.
- García Canclini, Néstor (1981). *Las culturas populares en el capitalismo*.

- Ediciones Casa de las Américas, ciudad de la Habana.
- Kruijt, Dirk (2000). *Baile de disfraces: ensayos sobre viejos y nuevos actores en la sociedad militar y la sociedad civil de América Latina*. 1ª. ed. FLACSO, San José, Costa Rica.
- Medrano, Celia; Barillas Byron y Bonilla Luis (editores) 2002. *Los derechos económicos, sociales y culturales en la Centroamérica de inicios del siglo XXI: elementos para el diseño de una estrategia conjunta de organizaciones especialistas en derechos humanos y sectores sociales para la defensa de los DESC en Centroamérica*. 1 ed., CODEHU-CA, San José, C.R.
- Poulantzas, Nicos (1987). *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI editores, S.A. de C.V. D.F. México.
- UNESCO (1986). *América Latina en sus Ideas*. Siglo XXI editores, S.A. de C.V. D.F. México.
- Vilas, Carlos (1995, mayo-agosto). *Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?* Rev. Sociológica, año 10, número 28.
- Vargas, Solís Luis Paulino (2007). *Propiedad intelectual: cruce de caminos de propuestas anti-vida, o de cómo los poderes globales enseñan su puño amenazante (inédito)*. Investigación realizada con el apoyo del Consejo Institucional de Investigación (CII) de la Universidad Estatal a Distancia, UNED, Costa Rica.

Página de Internet:

- Pablo González Casanova. *Las clases sociales*. En: www.inep.org/content/view/386/55/. Portal INEP 200